

editorial

un fraude histórico: la revolución en libertad

A casi dos años de ejercicio del Poder, resulta indispensable resumir en un enfoque específico el verdadero carácter del gobierno demócratacristiano a la luz de sus propias actuaciones y hechos centrales de su quehacer político. Examinemos sólo los aspectos más salientes de su regresiva gestión.

En el trato a los trabajadores, es de sobra conocida la substancia de su política social caracterizada por las medidas represivas, la tendencia a fomentar el paralelismo sindical, la liquidación del derecho de huelga, la pérdida de la inamovilidad para obreros y empleados, la congelación de sueldos y salarios, las alzas continuas del costo de la vida y, por último, el plomo homicida para los mineros del norte. Todo esto, de por sí, más que una revolución y un régimen de libertad, se parece mucho a los prólogos de un sistema que adopta formas y métodos fascistas de poder. En el trasfondo del proceso, la clase obrera prueba el amargo sabor de una experiencia que le hace ver con mayor claridad hoy cómo fueron de falsas las promesas de ayer y cuánta razón tuvieron los dirigentes sindicales más dignos y calificados para repudiar el engañoso camino demócratacristiano.

En cuanto a la política económica y financiera de esta Administración, ella no difiere fundamentalmente de la ejecutada por los gobiernos reaccionarios anteriores. El Fondo Monetario Internacional continúa siendo el supremo árbitro y de igual manera que en el período de Alessandri, el actual Gobierno suscribe idénticos y vergonzosos compromisos con un organismo extranjero que impone la política fiscal, monetaria, de cambios, de precios, inversiones y remuneraciones. En una palabra, toda la actividad económica del país está sujeta a los dictados del Fondo Monetario.

El desarrollo nacional está concebido sobre la base de continuar endeudando al país a límites exorbitantes. El financiamiento del sector público se realiza en igual forma que en los Gobiernos anteriores, a través de créditos externos que comprometen más y más la soberanía y la independencia nacional. Incluso las nuevas inversiones que se consultan en el sector privado son de origen extranjero.

La aparente estabilidad económica expresada en la Balanza de Pagos, en la producción industrial y de ventas, se debe exclusivamente al notable incremento de los ingresos provenientes del precio del cobre y a los mayores créditos concedidos por el imperialismo norteamericano.

Los viejos vicios que roen la estructura económica nacional se mantienen en plena vigencia; los déficits presupuestarios siguen extraordinariamente altos; el Presupuesto de Capital se cubre casi exclusivamente con nuevos endeudamientos externos; el ahorro de la comunidad es incapaz de financiar el desarrollo; la agricultura ha retrocedido; la desocupación se mantiene en un nivel exagerado; la redistribución del ingreso nacional no muestra indicios de mejorar en favor de las grandes mayorías; el régimen tributario grava esencialmente a los sectores modestos a través de permanentes aumentos de los impuestos indirectos. Más allá de las palabras que acuñan cifras dolosamente expuestas para aparentar que el proceso inflacionista se detiene, la evidencia inobjetable es que el Gobierno ya ha acudido al Banco Central para que lo auxilie con no menos de siete emisiones inorgánicas.

En síntesis, nada realmente importante se ha corregido. Observada en su conjunto, la economía chilena presenta las mismas debilidades seculares que han caracterizado su escaso crecimiento e incluso el estagnamiento producido durante largos períodos de la vida nacional.

Por estas razones hemos negado a la democracia cristiana el carácter de fuerza revolucionaria. Sigue apegada a las viejas prédicas que han informado nuestra vida política, respetando integralmente los grandes centros de poder del imperialismo y de la plutocracia nacional. La única diferencia con otros gobiernos está en el carácter populista y demagógico que ha impreso a su acción gubernativa.

A su regresiva política social y a su continuismo reaccionario en lo económico financiero, cabe agregar que la democracia cristiana transforma a sus estratos empresarios —distintos por supuesto de los marginales, de su romántica Patria Joven y de tantos hombres y mujeres de buena fe que creyeron en las bondades y honestidad de la “revolución en libertad”— en capos poderosos de nuevos clanes que, junto con realizar buenos negocios, montan el más gigantesco aparato de deformación de la opinión pública.

Como lo dijimos los socialistas el año pasado en el trascendental documento que llamamos la “DECLARACION DE SEPTIEMBRE”: “la experiencia histórica internacional demuestra que si los pueblos desean terminar con la vieja opresión feudal y con la explotadora dominación imperialista, tienen que iniciar procesos revolucionarios auténticos, cuyas banderas fundamentales sean una reforma agraria que entregue real y efectivamente la tierra a los campesinos y una actitud antimperialista que liquide, sin debilidades, toda explotación extranjera de sus riquezas fundamentales.”

“Consecuencia lógica de aquella verdad, es que no se puede emprender, desarrollar ni culminar ninguna revolución que tenga como socios a las clases conservadoras internas o a los agentes imperialistas. Es el caso de la democracia cristiana chilena que habla de una curiosa “revolución en libertad”, que en esencia carece de contenido revolucionario auténtico y que de libertad tiene sólo aquella que permite continuar su juego sucio a los viejos expoliadores del orden burgués y a los inversionistas extranjeros con los cuales hoy se asocia en el cobre para que sigan esquilmando la economía Nacional y empobreciendo más a nuestro pueblo”.

En el Gobierno de Frei, no habrá en consecuencia, rescate de la principal riqueza chilena. Nadie podría, de buena fe, sustentar dudas al respecto.

En el fondo —por lógicas derivaciones de la limitación de su filosofía política— la democracia cristiana, como última reserva de una burguesía comprometida, ha expresado otra vez más su temor reverencial al imperialismo y a los grupos castrenses reaccionarios de América Latina que alzan la ridícula “teoría de las fronteras ideológicas” para detener el ascenso revolucionario de las masas oprimidas del continente. Junto con reflejar así una impotencia de principios que se traduce en caer en una concepción fatalista geográfico-política, olvidan o pretenden desconocer la rica experiencia internacional en materia de nacionalizaciones, impulsadas por poderes populares resueltos, que nunca se detuvieron a medir la magnitud del coloso imperialista que enfrentaban, ni tampoco a dudar de su patriótica voluntad por la cercanía de fuerzas hostiles o antagónicas.

Al pactar con el imperialismo norteamericano por largos veinte años, para facilitar que continúe la vergonzosa explotación de nuestro cobre, riqueza vital para salir del retraso y del subdesarrollo económico, la DC ha probado ser partidaria del statu quo, del empate social, limitada a impulsar superficiales reformas que terminan por configurarla como fuerza política condenada a permanecer en el centro político indefinido, apuntalando al régimen capitalista con todo su regresivo contenido político y social. Suministrar morfina populistas tranquilizadoras, no evitará, sin embargo, el verdadero torrente revolucionario que más temprano que tarde se precipitará sobre Chile.

Cabe insistir que los socialistas estamos lejos de obrar por resentimientos que, para algunos incluso, podrían parecer legítimos por los recursos tortuosos y las imputaciones delictuales que se emplearon en contra nuestra en la pasada campaña presidencial. Pero eso sería razonar sobre bases no objetivas, que sólo debemos encontrarlas en el actual devenir político, que es lo que importa, y a la luz de las realidades concretas y de principios insoslayables. Por lo demás, la DC confunde el resentimiento con una energía vital de la izquierda revolucionaria chilena, en cuya vanguardia se ubica el PS como un reclamo y una aspiración indiscutible de amplios y conscientes sectores de la población.

La DC por medio de sus personeros más calificados también expresa que nosotros hemos cortado abruptamente el llamado “diálogo democrático”. Tampoco es cierto, pues la convivencia tradicional de la sociedad chilena, con todas sus limitaciones, la ha violentado la presión política del imperialismo norteamericano que oficialmente nos ha envuelto a todos los países de América Latina, expresando, con soberbia, que no hay un hueco bajo el sol para las corrientes liberadoras, revolucionarias o simplemente reformistas de izquierda. Las experiencias de Santo Domingo y Brasil son decidoras.

Así, quienes no participan del criterio del sometimiento del imperialismo y de la oligarquía, dejan de ser democráticos y patriotas, ubicándolos sin apelación en el campo de los “totalitarios” y de los “antipatriotas” que siguen a ciegas los dictados chinos o rusos. Esto lo repite en Chile el aparato propagandístico de la reacción, la Iglesia y el go-

bierno que no por casualidad acaba de caer en el abismo de la represión injusta y derramamiento de sangre de modestos trabajadores.

Los socialistas hemos probados desde que nacéramos a la vida política chilena que somos uno de los más auténticos movimientos nacionales que recoge las grandes lecciones de quienes lucharon en el pasado por la independencia política, legándonos para la hora presente las banderas de lucha por la independencia económica del país, alejando de su suelo toda penetración extranjera. Eso tiene un solo nombre: PATRIOTAS, así con mayúscula, luchadores nacionales que aman a su pueblo por sobre todas las cosas y que por él queman sus mejores energías sin doblegarse ante nada ni ante nadie, por poderoso que sea.

Está implícita en la idea del socialismo, además, la libertad y la democracia, en su más auténtico sentido, pues una y otra vez la historia registra nuestro empeño por ampliar las bases sociales en la gestación de los poderes públicos y de cómo buscamos una sociedad socialista cuyas direcciones vitales las manejen los más amplios grupos humanos a través de mecanismos democráticos de autogestión variada y multi-forme.

En resumen, no habrá mañana otra alternativa nacional, popular, democrática y revolucionaria que la representada por la presencia creadora del Partido Socialista en el poder. Por eso en estas horas grises para una Patria escarnecida y engañada, nosotros redoblamos una justificada fe en el Socialismo, como única salida real a los dramáticos problemas chilenos.